

apétito de la miseria; que rompen zapatos y que no se pueden vestir de hojas de plátano, como Eva antes de la invención de los telares.

Dióse D. Roque á la correduría, aunque sin título, y con la mala suerte que por lo regular acompaña á los buenos. Diariamente azotaba las calles de la ciudad y de sus cuatro barrios, sin hacer, sino rara vez, algún negocio pequeño, cuyo producto llevaba inmediatamente á su familia. De día en día fuéronse escaseando más y más los medios de subsistencia, y como había sido rico y se había sentado en su juventud al festín de la abundancia, hízosele mucho más amargo el pan de la pobreza; ó, para hablar con propiedad, se le agrió el carácter y se le endureció el corazón al verse sin pan bueno ni malo. Dió en tratar ásperamente á todo el mundo, cuando de todo el mundo necesitaba, y hasta en contestar con grosería á las saluciones de las gentes, lo cual empeoraba su situación. Por otra parte, corrieran á las casas de juego, á que sus antiguos amigos le corrieran algo en vaca, sin poner él un solo centavo, ó á que los conocidos afortunados le dieran el barato; y como la dignidad y la

decencia casi siempre se pierden muy pronto en los garitos, este pobre viejo que había sido hombre leal y completo, acabó por vivir de una industria que es hoy la de muchos, jugando topillos en mayor ó menor escala; pero con viveza y travesura, que le dieron celebridad, y que muchas veces caían en gracia á las mismas víctimas.

Advierto, señores, que voy tropezando en el mismo escollo del compañero procurador, quien para referirnos la entrevista de un licenciado y de un payo, nos ha forjado una historia casi tan larga como la vida de San Alejo. Procuraré de consiguiente, abreviar la narración de mi anécdota.

Habíamos llegado, D. Roque al estado de decadencia moral de que acabo de hablar, y yo al apogeo de mi posición como farmacéutico. De humilde origen y huérfano desde muy corta edad, había pasado mis años juveniles machacando raíces y preparando purgantes y clísteres durante el día, en calidad de mancebo, y sin más distracción por las noches que el estudio del formulario y la colocación de recetas en los alambres destinados á recibirlas. Mi laboriosidad y mi aptitud para dar punto y el sabor conve-

niente á jarabes y refrescos, habían llamado más de una vez la atención de mi principal, y siendo éste español, y teniendo que salir del país á la expulsión de todos los de su nacionalidad, dejóme la botica en traspaso, á que le fuese yo pagando en anualidades su importe. Abrí un nuevo pozo, no pareciéndome suficiente para infusiones y decocciones el agua del que había: rematé una partida regular de azúcar prieta á precio muy bajo, y contraté la zarparrilla, los claveles y las cáscaras de naranja que fuera posible recoger en un radio de algunas leguas; y con estos elementos y la especialidad de platear las píldoras que otros boticarios sólo cubrían con harina ó magnesia, mi establecimiento llegó á ser el primero de los de su género en la ciudad. Dueño de mis acciones y poseedor de regulares recursos, y conviniendo con el Génesis, en que el hombre no está bien cuando se halla solo, caséme con la hija de un hacendado del rumbo de Tepeyahualco, y á la muerte de mi suegro—que lo fué para mí en toda la acepción de la palabra,—por aquello sin duda de que todo está compensado en la vida, recibí la rica hacienda que hoy poseo, y de que mi esposa resultó única heredera.

Fué y es la tal esposa mía un tipo singular, poseyendo las cualidades buenas y malas de un temperamento linfático, y de un carácter de aquellos que no sienten agravio ni agradecen beneficio. Con la misma flemma con que cuando éramos novios recibía las pastillas de malva y agua de azahar con que yo la obsequiaba, recibió ante el altar mi mano, recibió los catorce hijos con que Dios lleva bendecido nuestro matrimonio, y recibiría al verdugo si fuese condenada á la estrangulación. Y aquí voy á entrar en detalles domésticos que temo fastidien á mi auditorio; pero que son indispensables para la inteligencia de lo que refiero.

Yo había puesto á mi esposa una casita, asaz decente y bien amueblada; pero dió y tomó en que la docena de sillas norte-americanas de asiento de ojo de perdiz—de las primeras que vinieron al país—que adornaban la sala, no eran suficientes, atendidas las dimensiones de ésta, y que convendría duplicar el número de asientos buscando otros iguales á los ya comprados. Esto, que hoy parecería tan hacedero, no lo era entonces, por la sencilla razón de que sólo había llegado á la ciudad una partida de las tales

sillas, que inmediatamente se realizó por haber agradado mucho la calidad y la forma de ellas. Contra su habitual indiferencia respecto de todo, mi esposa perseveró en su antojo, y como yo tenía mis barruntos de que iba á hacerme padre, no quise omitir esfuerzo para cumplírsele.

—Don Roque— dije un día á nuestro viejo, que rebozado hasta las narices en el descolorido barragán que había sido verde, se recostaba contra el mostrador de la botica, con todas las señales de un mal humor más concentrado que de ordinario;—mi esposa desea una docena de sillas iguales á las que tenemos en casa. Pídale usted una de éstas para muestra, y vea si consigue á no muy alto precio las que solicito.

El viejo dió por toda respuesta un gruñido, y salió de la botica. Me había visto casi diariamente desde que yo era niño; me trataba con familiaridad; daba muy frecuentes jaques á mi bolsillo, y ni su persona ni su historia eran desconocidas á mi esposa, que le profesaba algún aprecio por efecto de su triste situación y de las consideraciones que me veía guardarle. Media hora después volvía Don Roque, seguido de

dos cargadores con la deseada docena de sillas, que él mismo fué bajando una por una de la cabeza de aquellos, y poniendo en doble hilera frente á la puerta de la botica.

—¿Son, ó no son iguales á las tuyas? me preguntó.

Al primer golpe de vista y antes de oír la pregunta, habíala yo resuelto en sentido afirmativo. ¡La misma forma, las mismas dimensiones, el propio asiento de bejuco, y hasta las mismas frutas doradas al claro-oscuro en los respaldos y los pies!—¿Dónde ha podido Usted dar tan presto con lo que buscaba? le pregunté á mi turno.

—Eso no es de tu cuenta,—me contestó.
—Las sillas valen sesenta pesos; ni un real menos.

—Las que tengo me han costado cincuenta y cinco. ¿No podría ser que dieran éstas en lo mismo?

—Valen sesenta pesos; y ó los cuentas ó me las llevo.

—Mías son, me apresuré á decirle, temiendo perder la oportunidad de complacer á mi esposa, y puse al viejo en el mostrador de la botica tres montoncitos de á veinte duros. Don Roque sonó y frotó al-

gunos de éstos después de contarlos, puso la cantidad total en su polvero, fijó en mí una mirada entre dulce y maliciosa, y acabó por decirme:

—¿Y yo, trabajo de balde, por ventura?

El corredor exigía su corretaje, y era justo dársele, como también pagar á los cargadores. Saldada mi cuenta por completo, sin haber exigido factura ni recibo, por creer que no valía la pena de ello, supliqué á Don Roque llevara las sillas á mi casa y las entregara de parte mía á mi mujer; á todo lo cual se mostró dispuesto, partiendo en seguida á hacerlo.

Quedé contento del negocio, fuerza es decirlo. Por una parte, era yo buen marido —como lo son en la luna de miel casi todos —y compartía y saboreaba el gusto de Donaciana al ver cumplido su antojo. Por otra parte, aunque en fuerza de preparar cáusticos y ventosas, habíame vuelto insensible á los padecimientos de la humanidad, me afectaba la miseria de Don Roque, y me decía que con el corretaje de las sillas tendría su familia para comer un par de días. No sospechaba yo que el bien y buena obra hechos por mí al viejo, habían sido mucho

mayores. El muy tuno, conociendo el carácter apático de mi mujer, y contando con él, tan luego como yo le encargué que buscara sillas, había ido á pedirle de parte mía las de la sala de mi casa, que ella entregó sin objeción ni pregunta alguna. Cuando las hube examinado y pagado de nuevo con la mayor buena fe y confianza, él las volvió á llevar á mi casa, diciendo simplemente con voz de trueno:

—Donaciana, ahí están las sillas. Y la papa de mi mujer, con la misma flema con que las había entregado, las recibió, sin meterse en inquirir para qué las llevaron, ni cómo las devolvieron: púsolas en la sala, en el lugar que antes ocupaban, y así pasó y terminó el lance que, verdaderamente, no tuvo de divertido sino los siguientes apéndices.

En la noche volví á mi hogar, cansado de elaborar píldoras y de hacer friegas; y al meterme entre sábanas, entablé con mi esposa este diálogo:

—¿Trajo Don Roque las sillas?

—Sí.

—¿Te gustaron?

—Sabes que siempre me han gustado.

Donaciana se dormía en aquellos momentos; y, habituado yo á sus modos y respuestas que se resentían de cierta obstrucción en los órganos de la percepción y de la palabra, díme á roncar á semejanza suya, y en dos ó tres semanas no me volví á acordar de la compra.

Cerca de un mes después, al entrar un día con Donaciana en la sala, no pude menos de preguntarle:

—Pues, ¿y las sillas?

—¿Qué sillas?

—Las que trajo Don Roque.

—Pues ahí las tienes.

—Entonces, ¿dónde has puesto las antiguas?

—¿Qué antiguas?

—Las que había aquí cuando nos casamos.

—Son estas mismas que ves.

—¿Luego has colocado en otra parte las nuevas?

—¿De qué nuevas hablas?

—De las traídas por Don Roque.

—Don Roque no ha traído más que éstas.

Encolerizado ante lo que yo juzgaba quinta esencia de la tontería en mi mujer, tomé mi sombrero y no volví á casa en todo el

día. Las brisas de la noche refrescáronme, y entonces reflexioné que Donaciana no tenía la culpa de ser tan negada; aparte de que su estado interesante y lo mucho que á pretexto de él engullía, debían haber acabado de poner el apagador á la escasa luz de su inteligencia. Volví á casa, llevé á Donaciana á la sala, y para descifrar el logogrifo me propuse ser claro y lógico en mis preguntas, y reprimir todo ímpetu de impaciencia ó de enojo. Averigüé lo bastante para comprender que había sido víctima de la industria de Don Roque, á quien traté de abrumar con reconvenciones más que enérgicas, al presentarse á otro día en mi botica.

Mi hombre, ¿lo creerán ustedes? no perdió en lo más mínimo su aplomo.

—Hijo mío—me dijo, dulcificando en lo posible la voz y el gesto,—los tiempos están malos y la ley de la necesidad es muy dura. Si algún día llego á verme en fondos, te pagaré lo que te debo; si no es así, me lo perdonarás.

Ví que los ojos del viejo se humedecían. Recordé que había sido rico, honrado y considerado, y me imaginé el cuadro actual de

su familia desnuda y hambrienta. Mi corazón de boticario se ablandó, como las resinas á la acción del fuego; y, enteramente desarmado, y para ocultar á Don Roque mi emoción, volvíle la espalda, so pretexto de colocar un frasco de aceite de lombrices (*oleum serpentorum*) en su lugar respectivo.

IV

EL CUADRO DE MURILLO.

Más afortunado que el procurador el farmacéutico, su narración no suscitó murmuraciones, no obstante ser tan larga y difusa como la del primero. Únicamente el almonedero, exhalando un suspiro, exclamó:

—Al menos, usted tuvo en sus manos al verdugo de su bolsillo, y le queda la satisfacción de haberle perdonado; mientras que yo, víctima de otra estafa no menos bien urdida, sobre lo perdido directamente á causa de ella, gasté dinero y tiempo en inútiles pasos para descubrir á quienes de mí se burlaron de un modo que dió mucho que reír en México.

Esta semi-filosófica reflexión suscitó un

tanto cuanto la curiosidad del procurador, y á instancias suyas y aprovechando el sueño del capitán, el almonedero habló en estos términos:

—Si ustedes alguna vez preguntan en la calle de la Canoa por Mateo Repelos—que es mi nombre, para servirlos,—sabrán que llegué á distinguirme entre todos los dueños y administradores de almonedas, no sólo por la tirantez con que compraba y la estimación con que vendía, sino por mi tino en la elección y la colocación de las mil y una baratijas, y de los inclasificables cachivaches que constituyen lo que en mi tiempo se llamaba almoneda, y que hoy, tomando un nombre más oriental, comienza á denominarse bazar. Desde el pobre ajuar del militar retirado á quien no pagan sus alcan-ces, hasta la vajilla de China de la viuda rica que viene á menos; desde los retratos de familias extinguidas, hasta el grabado de Lutero ó de Pepe Botella, colocado en su marquito negro de madera; desde la anti-quísimá jeringa de cobre vaciada en el molde de las primitivas piezas de artillería, hasta la cajita de pino de nuestros abuelos, pintada de verde, y el biombo de lienzo con

las aventuras de Pedro Urdemalas, no hay antigualla ni objeto indefinible á que el almonedero por temperamento é inclinación no haga postura, cuyos usos y aplicaciones no estudie, y de los cuales no salga, con el trascurso del tiempo, perdiendo ó ganando dinero. También dirán á ustedes que mi especialidad favorita son las pinturas; que conozco las nomenclaturas de las famosas existentes en los museos de Europa y en los principales conventos de la capital y de Puebla; así como los caracteres esenciales de las escuelas flamenca, italiana y sevillana; y que á primera vista distingo un cuadro de Jimeno ó de Cabrera, de otro de Zendejas ó de Juárez.

Mas ¡ay! el conocimiento práctico del ramo de almoneda en general, no se adquiere sino á costa de tiempo, dinero y chascos más ó menos pesados; y en cuanto á mis estudios y buen golpe de vista en materia de pinturas, debílos á un suceso que me pasó en los primeros seis meses del oficio, y que jamás olvidaré, por la sangría que importó para mi bolsillo, y por las burlas de que me hizo blanco por espacio de años enteros, entre la gente del ramo.

Acababa yo, repito, de establecerme en mi accesoria, con varios bancos de cama enchinchados, algunas sillas de las que tenían respaldo de lienzo en forma de óvalo, con paisajes al óleo—especie de que no queda ya ni rastro—y otros cuantos efectos del mérito y valor de los referidos. La necesidad me agujoneaba, pues, amén de una madre anciana y enferma á quien atender, tenía yo esposa y dos niños. En mis horas de ocio y de meditación, que eran las más del día, sintiéndome predestinado al giro, pensaba yo en que no podría tardar en presentármeme algún negocio brillante, de aquellos que se entran por la gatera cuando está decretado que sean para uno, y que me pondría en aptitud de dar vuelo á mi negociación y auxilios más eficaces á mi familia.

Tal era el tema de mis divagaciones cierta mañana en que, reclinada la mejilla en el diestro brazo colocado sobre una mesita de pino de las de venta, ví entrar á una señora anciana de aspecto reservado, acompañada de un mozo que traía un lienzo con todo y bastidor, cubierto con un trapo no muy limpio. Cambiadas las saluciones

de rigor, la señora me propuso en venta el cuadro, descubriéndole el criado. Era una imagen de Nuestra Señora del Carmen, que ni por su dibujo, ni por su colorido parecía sobresaliente, si bien este último abundaba en los tintes oscuros del estofado ó del mole; circunstancia que recordé haber oído enumerar como uno de los indicantes de la antigüedad y el mérito en las pinturas. La señora pedía por ésta cincuenta pesos para que yo ofreciera. Díjele que mis posibles no eran para comprarla ni por mucho menos; y, después de insistir inútilmente cerca de media hora en vendérmela, me propuso dejarla en mi almoneda á la vista, quedando yo en libertad, ó de comprársela si más adelante me inclinaba á ello y contaba con los necesarios recursos, ó de venderla por cuenta suya si se proporcionaba comprador, limitándome al cobro de una comisión moderada por depósito y venta. Consentí en ello, por tener así en mi establecimiento un objeto más, sin que me costara, y no porque abrigase el menor intento de quedarme con el lienzo en propiedad, ni la más remota esperanza de que alguien incurriera en la humorada de hacer-

le postura; y aunque traté de averiguar cuál era el domicilio de la señora, ésta me dijo que se hallaba en vísperas de mudarse, que no convenía la buscaran en su casa, y que cuidaría ella misma de volver á verme, pasado cierto número de días, para saber si se proporcionaba ó no marchante.

A los quince ó veinte días volvió, en efecto, y sabedora de que no le había, marchóse desconsolada, diciéndome que se hallaba en la mayor pobreza; pero que aun abrigaba cierta confianza en la venta del cuadro.

Acordándome yo de éste, quitéle con un trapo el polvo y las telarañas que empezaban á cubrirle, y hasta frotéle con una muñequilla mojada en aceite de linaza, poniéndole más cercano á la puerta de la calle; todo por falta de quehaer y á fin de matar en algo el tiempo. Y, sin duda por aquello de que trabajo y diligencia siempre logran cosecha, media hora después de tal operación, un individuo de cabello cano y traje decente, aunque algo raído, que pasaba por la calle de la Canoa y que volvió casualmente el rostro, al ver el lienzo detúvose como involuntariamente, contemplóle por espacio de uno ó dos minutos, y signió su

camino con visibles señales de preocupación, y sin causármela á mí en lo más mínimo.

Este incidente repitióse otros dos días, y al tercero, mi hombre se recostó contra el marco de la puerta, calóse los anteojos y púsose á examinar el lienzo con todo detenimiento. Más bien por quitarme de encima aquella mosca que por entrar en relaciones mercantiles, díjeme con urbana frialdad:—¿Por qué no entra Usted, caballero? Abstraído en la contemplación del lienzo, únicamente al repetirle mi pregunta se tocó el sombrero y dió dos ó tres pasos adentro, sin quitar la vista del cuadro.

—Indudablemente, dijo, tiene Usted aquí una joya artística que vale mucha plata.

En seguida, y pidiéndome permiso para ello, bajó el lienzo de la mesa en que estaba recostado sobre uvas sillas, frotó con su pañuelo ensalivado las dos extremidades inferiores, como en busca de firma y fecha que no halló, y examinó, por último, lienzo y bastidor por detrás, diciendo en tono de profunda convicción:

—Acaso yo me equivoque; pero este cuadro debe pertenecer á la escuela sevillana,

y ser obra de alguno de sus más insignes maestros.

Oyendo esto, preguntéle—todavía sin dar gran valor á su entusiasmo—por qué no le hacía frente, agregando que le tendría por casi nada, puesto que pertenecía á una familia pobre deseosa de salir de él; á lo cual contestóme con visible desconsuelo, que no se hallaba adinerado, y que el lienzo aquel no era para arrancados, por muy barato que le diesen. Por lo que pudiera tronar, indíqueme que venderían en cien pesos la imagen; al oír lo cual abrió tamaños ojos y meneó la cabeza de un lado á otro, como si no diera crédito á mi aserto; y contemplando de nuevo un breve rato la pintura, saludóme y prosiguió su camino.

El lienzo continuaba colocado cerca de la puerta y llamando la atención de los transeuntes. Algunos de éstos, inteligentes sin duda, se detenían á verle desde la calle, se le señalaban mutuamente y hablaban entre sí. Dos jóvenes bien apersonados estuvieron á punto de darse de puñadas una mañana, en mi puerta, acalorados con la disputa de si el lienzo era original ó copia. Uno de ellos sostenía que de aquella pintura

ra no podía haber ejemplar alguno en México, y mucho menos en una almoneda de las de tres al cuarto; mientras su contrincante se fundaba en el vigor y despejo del trazo y las combinadas firmeza y suavidad de luces y sombras, para creer que aquello no podía ser una simple copia. Como se trataban uno á otro de ignorantes, y esto en alta voz y con interjecciones algo vivas, y comenzaba á agruparse en torno suyo la gente, les supliqué moderaran su exaltación artística en mi puerta, para soltarle la rienda, si gustaban, en la esquina más inmediata.

A todo esto, yo iba concibiendo ventajosa idea del cuadro, y hasta, haciendo un sacrificio, habría dado por él quince ó veinte pesos, si se me hubiera presentado la propietaria; pero ni esto sucedía, ni era posible buscarla, por ignorar las señas de su habitación. Yendo y viniendo días, el primero y más antiguo de los platónicos enamorados del lienzo, colóse de rondón en mi almohada una tarde, y, llamándome á un rincón de la pieza, con gesto solemne y en voz baja, para que no lo oyeran dos señoras que ajustaban á la sazón unas sillas de asiento de tule, me dijo:

—Ya no es justo que sigamos yo en mi disimulo, ni Usted en sus burletas. Comprendí perfectamente la de decirme que el cuadro valía cien pesos, que fué decirme en rigor: “aun cuando te le dieran por un mendrugo, no podrías tú comprarle.” Acaso pueda yo, si no comprarle, hacer que le compren, señor mío; que bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor. Si Usted, en lugar de juzgar por las apariencias y de burlarse de un admirador arrancado, se humaniza y pone en lo racional y posible para salir del lienzo, acaso haga, con intervención mía, si no lo que se llama un buen negocio, atendiendo al mérito de su Virgen, si una ventecita que le dé á ganar algunos pesos. Tengo un inglés... pero, ante todo, Usted debe saber mejor que yo que este lienzo es nada menos que del fundador de la escuela sevillana, Bartolomé Esteban Murillo, célebre pintor español que floreció en el siglo XVII, compañero y amigo del gran Velázquez, y á cuyo pincel son debidos el San Antonio de Padua, el San Isidoro de Sevilla, el Moisés hiriendo la roca, y tantas otras maravillas del arte que constituyen la riqueza de los museos y

monasterios de Europa. Tengo, repito, un inglés rico, que viaja recogiendo de aquí y de allí cuantas joyas artísticas le es dable comprar á bajo precio, para llevarlas á Londres, donde se venden á como uno quiere, no parándose el gobierno británico en gastos para enriquecer los museos públicos, ni los Lores en derramar el oro por adquirir originales para sus colecciones particulares. Mi hombre ha comprado en Puebla y aquí algunos cuadros; actualmente tiene puesto el ojo en este lienzo, mediante indicación mía; pues, aquí donde Usted me ve, soy inteligente en el ramo, llámome Martínez, y años atrás he desempeñado una clase de pintura en la Academia de Bellas Artes, donde podrán dar á Usted noticia de mí persona. El inglés ha visto el cuadro desde la calle, y le ha gustado, por lo cual vendrá mañana conmigo para verle á la luz meridiana.

Desconfiado de mí, y poco susceptible de entusiasmarle, creí que había más de charlatanería que de sustancia en la peroración del señor Martínez, quien se presentó á otro día con su inglés. Aunque tenía éste azafranados el cabello y las patillas,

descomunales los cuellos de la camisa, y pendiente al pecho el lente de rigor, hablaba el castellano con asaz facilidad y corrección, lo cual debía, según me dijo, á los muchos años que había vivido en España, visitando museos y conventos. Halló que el lienzo de marras era, efectivamente, de Murillo, lo cual no se podía dudar, en vista de lo perfecto del dibujo, de la propiedad anatómica que brillaba en las carnes, y de la verdad y naturalidad del colorido, que así huía de la árida y triste severidad de la escuela romana, como de los colorines de la flamenca. Aquel ambiente ó atmósfera entre la forma de la Virgen y los grupos de ángeles que la rodean, sólo el insigne fundador de la escuela sevillana había sabido crearle, y constituía una dificultad en que naufragaron y naufragan los demás artistas pasados y presentes. Todo esto y mucho más dijo el inglés, no del modo con que habla un necio para que le crean sabio, sino como habla una persona verdaderamente conocedora de lo que juzga. No queriendo partir de ligero, díjome que ni entraría en ajnste sino al siguiente día, ni siquiera pretendía saber desde luego el precio del cuadro: que

éste era muy bueno, y él bastante rico; pero que los tiempos eran malos, y ne se quedaría con la pintura, siuo tomándola á bajo precio. Agregóme que me fijara en el último y definitivo, á fin de volver él á la mañana siguiente á examinar de nuevo el lienzo, y á quedarse con él, ó á desistir del negocio.

Drante esta primera entrevista, Martínez no habló, sin duda por haberse abstraído completamnete en la contemplación de la pintura.

Dióme golpe el inglés, y comenzó á dármele el cuadro, en que antes casi ni había fijado la atención, y en el que ya creía descubrir todas las perfecciones anatómicas y de tono y colorido, y hasta la atmósfera de que acababa de hablar el gringo. Volví á frotarle con aceite de linaza, é instintivamente veía hacia la calle, deseoso de que se apareciera por allí la propietaria, á fin de cerrar trato con ella, ó, al ménos, ajustarle condicionalmente la pintura. En la tarde, al pasar frente á la Academia, ocurrióseme tomar algunos informes, respecto de Martínez; y no bien le hube nombrado, cuando el conserje me dijo que era persona muy perita en el arte, y que, efectivamente había sido mu-

chos años catedrático de pintura en el establecimiento, acudiendo todavía á él á dar su voto, siempre que se trataba de juzgar del mérito de cuadros antiguos y modernos. En la noche soñé que el negocio se redondeaba, dejándome media talega de pesos.

A otro día á las doce, Martínez y su inglés entraban en mi almoneda, y, después de examinar de nuevo la Nuestra Señora del Carmen, preguntóme el segundo si le había yo fijado precio.

—No se ha de dar en menos de quinientos pesos, le contesté con aire indiferente y hasta algo brusco.

—Pues decididamente la tomo—me dijo, —y, como no me agrada perder tiempo, ni hablar sino lo preciso, terminemos de una vez el negocio.

Sacó de su bolsillo una cartera, y de esta una tarjeta con su nombre, que, si mal no recuerdo, era “Sir James William Cook;” y entregándome la tarjeta y una moneda de oro de diez y seis pesos, agregó:

—Aquí tiene Usted mi nombre y esta onza, para que inmediatamente haga preparar una caja de madera en que pueda caminar el lienzo, sin estropearse. Una vez lista la ca-